

JUAN RAMÓN BIEDMA



EL ESPEJO DEL
MONSTRUO



Sevilla, siglo XXI. En una ciudad de aspecto gótico, desquiciada y violenta, comienza una serie de monstruosos asesinatos, tras despiadadas torturas e inimaginables suplicios. Las víctimas comparten una característica: todas ellas tienen alguna deformidad física.

Los encargados de investigar el caso son el inspector Vendimia, un hombre torturado por las quemaduras de su cara, y Set Santiago, un abogado que acaba de salir de la cárcel.

PRIMERA PARTE

Permitirá el Señor que arriben a la ciudad del desembarcadero monstruos procedentes del mar y sus abismos, alumbramientos maldecidos, anuncios de la piedra, sangre y neblina, huracán que ejecuta su palabra.

Capítulo de HABABUC,
El manuscrito de Dios

I

RÉMORAS

Cabo de Gata, siglo XX

A las tres de la madrugada todavía no aúlla la tormenta pero ha estallado la calma que la precede.

Antes de dejar atrás una grieta del promontorio, siguiendo a pie la estrecha carretera que lleva al faro, el médium cree ver un barco atracado en el ruinoso puerto del que parece desembarcar una asombrosa comitiva.

Sin prisas remonta la pendiente que sube hasta el mirador al pie del faro y se acerca al telescopio fijado en la barandilla para uso de los turistas. Aunque hace girar al máximo el artefacto en su soporte, no consigue que la lente capte con claridad la escena que busca. Quiere pensar que esa es la causa del inexplicable fenómeno que cree distinguir.

Por la pasarela de la embarcación desciende una sucesión de diminutas monstruosidades. Con dos cabezas, sin brazos, con tres piernas, dotados de extrañas protuberancias —una de ellas en forma de cuerno perfectamente dibujado—, con jorobas que se mueven independientes del cuerpo al que van adheridas... andan titubeantes o se arrastran o son transportados en brazos por los que pare-

cen ser miembros de la tripulación. Repugnantes figuras que sabotean cualquier patrón visual de la razón.

Por más que fuerce el ángulo del telescopio, no puede percibir la secuencia con la nitidez que necesita, así que decide acercarse personalmente al embarcadero.

En cuanto comienza a bajar por la carretera, la pared rocosa oculta la costa.

Una o dos veces por semana transforma el salón de su casa en el portal de entrada a otra dimensión para complacer a clientes ansiosos de obtener pruebas de la existencia de la existencia tras la existencia. La última invocación ha terminado hace apenas una hora y, aunque todo ha ido perfectamente, el médium necesitaba pasear un rato antes de irse a dormir para desprenderse de cualquier visión sobrenatural. Mientras, los espectros se estaban materializando a unos metros de su casa.

El camino que bordea la montaña se estrecha y apenas deja ver los relámpagos mudos de la tempestad que se acerca por el cielo rojo.

Al fin llega hasta el desembarcadero situado junto al viejo caserón que acaban de rehabilitar, sobre cuya puerta han colocado una gran placa de bronce en la que puede leerse HOSPICIO GALERA.

El barco ha desaparecido.

La oscuridad no permite ver huellas sobre el terreno. Las luces del edificio están apagadas. Se queda allí, quieto, recordando el desfile de repulsivas siluetas que salían de las entrañas del barco. No quiere interpretar lo que ha visto... y no puede evitar imaginarlos como seres sin procedencia, destinados a convertir esta tierra en un lugar peor que el purgatorio...

El viento del temporal aún no ha llegado, aunque matorrales y pequeñas sombras parecen agitarse amenazadoramente a su alrededor.

Es hora de regresar, pero esta noche, por primera vez en su vida, se siente intranquilo al pensar que va a volver a

adentrarse en el continente de la oscuridad que tantas veces ha profanado desde el salón de su casa.

Sevilla, siglo XXI

Ya ha comenzado a llover cuando el inspector Vendimia aparca junto a otros patrulleros frente a la verja del Hospital Virgen de la Segunda Sangre.

La maldita bendición de tener un aspecto como el suyo es que nunca necesita identificarse. Uno de los policías de uniforme parece estar esperándole y le hace una seña respetuosa para que lo siga al interior.

Todavía tienen que cruzar quinientos metros de noche cerrada, malas hierbas, bosquecillos como trampas y estatuas mutiladas para llegar a la enorme mole de piedra de la clínica abandonada. A pesar de que hace meses que nadie la habita, la ruinoso fachada del siglo XVIII transmite el sereno mensaje arquitectónico de que el edificio no ha desistido de desempeñar su propósito original de abastecer a la ciudad de dolor y de muerte.

Otro agente de uniforme abre la puerta desde el interior y sale a su encuentro con una linterna.

—Aún no hemos logrado que restablezcan la luz eléctrica, pero la compañía ha dicho que es cuestión de minutos —informa, sin mirar a su superior—. Está en los quirófanos. En el último piso.

—¿Ha llegado el forense?

—Sí.

—Vamos.

Dentro, a través del vestíbulo de admisión y las curvadas escaleras, el foco de la linterna se agota contra la pegajosa oscuridad. La pestilencia química a centro sanitario les devuelve a otra época de la que ya no pueden regresar del todo. Entre planta y planta, distinguen los contornos de los restos del mobiliario y de la arqueología orto-

pédica. Los ocupantes se marcharon sin atreverse a tocar nada, ya bastante enfurecidos se encontraban los fantasmas.

Cuando completan el último tramo de escaleras en sombras, distinguen unas dependencias alumbradas al final de un corredor.

El policía sigue abriendo el paso sin atreverse a mirar al inspector Vendimia: una larga gabardina como una capa sobre un elegante traje de tres piezas también oscuro. Cuarenta y tantos años. Alto, ancho, recio. El pelo grisáceo hasta los hombros.

—¿Cómo ha muerto? —pregunta al agente de la linterna.

—Lo han ahogado, crucificado, quemado, ahumado y decapitado.

Vendimia se detiene y lo mira fijamente para comprobar si se está burlando de él.

Su pelo largo no logra ocultar la falta de labios, de nariz, de cejas; una pálida superficie rugosa nauseabunda aberrante en vez de rostro, formada por cientos de minúsculas costuras blancuzcas desde la alta frente hasta el cuello; marcas insuficientemente cicatrizadas de quemaduras antiguas que borraron los rasgos humanos para siempre.

Nadie se burla ante una cara así.

—Es lo que ha dicho el forense —confirma el de uniforme, mirando hacia el suelo.

Por fin entran en la cámara verdosa difuminada por la iluminación onírica de unos focos alimentados por baterías. En una de las paredes del quirófano se aprecian regueros sanguinolentos de disposición cruciforme. Una sustancia rojiza no termina de disolverse en el agua de una bañera de cinc. La mesa de operaciones está consumida por el fuego. Al fondo, todavía emerge una leve humareda de un obsoleto pulmón artificial revelando el perverso fin para el que lo han utilizado esta noche. Varios

miembros de la policía científica miden espacios o hacen fotos.

El forense Argel, de rodillas, examina atentamente la zona abdominal de la víctima; un varón parece que de edad mediana, sin cabeza, con los miembros y el torso retorcidos, calcinados.

Ahogado, crucificado, quemado, ahumado y decapitado.

El inspector se queda en la puerta para no perder la perspectiva global de la abominable escena.

Que no se vuelve intolerablemente repugnante hasta que el forense se aparta y permite contemplar el espantoso fenómeno que surge del abdomen del cadáver.

(Próxima entrega, RETAZOS)

II

RETAZOS

El inspector Vendimia se arrodilla junto al forense Argel para observar de cerca aquella zona del cuerpo del muerto que el resto de los policías diseminados por el quirófano se esfuerzan por apartar de su campo visual.

–No vaya a tocar nada –le ordena el forense.

–Tocaré lo que quiera, me llevaré lo que quiera y haré todo lo que yo quiera. –Vendimia responde con un tono bajo, triste, definitivo.

Después levanta un segundo el rostro sin rostro para rubricar sus palabras.

El médico no responde y cuando vuelve a hablar, después de que ambos dediquen unos minutos a observar el cuerpo, o más bien a asumir la agresión del espacio que supone su presencia, ya lo hace en un tono diferente.

–Por supuesto, este tipo de anomalías no son un fenómeno desconocido para la ciencia patológica. Es lo que se denomina un teratoma. Un parásito abdominal. Existe toda una rama de la Medicina dedicada a estudiar este tipo de malformaciones congénitas.

La explicación no calma el asco del policía ante el olor del hombre quemado y decapitado; apenas le ayuda a convencerse de la existencia del otro hombrecillo, de unos treinta centímetros de longitud, una pequeña figura

monstruosa que no ha perdido del todo una vaga apariencia humana, tan abrasada como su portador, adherida al abdomen de la víctima.

–Puta vida –murmura el viejo patólogo, sentándose en el suelo mientras se frota las rodillas artríticas—. Lo más cabrón de todo esto es que creo que lo conocía.

–Uno no duda de si conocía o no a un tipo que iba por ahí con un inquilino pegado a la barriga.

–Pues, si se trataba de él, y yo creo que sí, nunca notamos nada. Era simplemente un hombre grande y delgado pero con lo que todos tomábamos por una enorme barriga. Yo mismo le hice alguna broma sobre los efectos de la cerveza. ¡Quién se iba a imaginar lo que disimulaba bajo la camisa! El rostro no está tan carbonizado como para resultar irreconocible –señala un espeluznante bulto cubierto con un paño en un rincón–, y recuerdo perfectamente el reloj con cadena que siempre llevaba en el bolsillo del pantalón. –Hace un gesto hacia algo que brilla entre la ropa amontonada en un rincón.

–¿Quién era?

–Román Asbesto. El doctor Román Asbesto. Asistió a algunas de mis clases.

En ese momento, como un fognazo, regresa el fluido eléctrico al Hospital de la Virgen de la Segunda Sangre, resaltando el doble contorno achicharrado del muerto.

Vendimia se pone en pie y abandona la estancia. Sale al pasillo, abre de par en par una ventana. Inclina la cabeza en un gesto recurrente para transformar su melena ceniza en una doble pantalla que oculta a los demás sus horribles facciones. Observa la noche lluviosa preguntándose por dónde empezará a buscar.

Un monstruo investigando el asesinato de un monstruo.

En la Sevilla del siglo nuevo conviven inacabables rasca-cielos con iglesias góticas, construcciones inclasificables diseñadas por arquitectos dementes con castillos medievales, laberínticas callejuelas de siglos de antigüedad con anchas avenidas futuristas, redes de túneles inexplorados con las metálicas bóvedas subterráneas del metro.

La ciudad milenaria y la ciudad inventada se superponen, ennegrecidas, como un inmenso circuito de mazmorras donde se retienen precariamente los más asquerosos sueños de todos sus habitantes.

Frente a una de las catedrales más siniestras del mundo, en la esquina de la calle García de Vinuesa, se encuentra el Edificio Constitución II. En el piso 34, al final de un escondido pasillo junto al área de mantenimiento, en la parte menos cotizada del ático, tiene Set Santiago su despacho/vivienda.

In the wee small hours of the morning.

A las seis de la mañana, aún está mirando la pantalla del ordenador, escuchando una de los cientos de canciones de Frank Sinatra que tiene archivadas en el disco duro y que constituyen su único material de audición.

No espera.

Apenas duerme, sale solo para gestionar alguno de los casos de oficio que le encomienda el colegio de abogados y que casi le permiten sobrevivir, mira por la ventana de la torre, escucha música y se concentra en no esperar. No confía en que todo vuelva a ser como antes, ni en sentirse mejor, ni en que nadie encargue ningún caso a un letrado de treinta y tantos años que ha pasado los últimos cinco en la cárcel.

No esperaba ningún *e-mail* pero el icono con el pequeño buzón surge en el centro de la pantalla. Lo abre y solo contiene un link que le lleva a la noticia en un periódico, *Isbiliya Digital*, del homicidio en «extrañas circunstancias, que las fuerzas de orden público aún no han precisa-

do» de un médico, cometido en el hospital abandonado Virgen de la Segunda Sangre.

Set se estira en el sillón del escritorio... no tiene ni idea de por qué le han enviado el correo.

Lleva el pelo totalmente blanco muy corto, contrastando con el rostro atractivo y todavía bronceado por las horas de sol acumuladas en el patio de la prisión. Unos vaqueros grises gastados, una camisa blanca con los puños deshilachados y una corbata también gris. Una indumentaria tan neutra como la decoración del ático que ha alquilado y amueblado con el poco dinero restante tras el divorcio y la liquidación de sus antiguas posesiones.

Tampoco espera un segundo *e-mail*, pero este aparece en el monitor.

Sr. Santiago: Nos gustaría contar con sus servicios para la tramitación urgente de un asunto de la máxima prioridad. Si se reúne con nosotros mañana, día 12, a las 23:45, en la capilla del colegio de los Salesianos, podremos aportarle más detalles. Gracias.

Vuelve a leer el texto otras muchas veces; no duda de que ambos correos están relacionados entre sí, ni de que el lugar que han elegido para el encuentro es un mensaje en sí mismo: quieren dejar claro que le conocen perfectamente, que le conocen hasta el punto de citarle en el colegio donde estudió.

Irá.

No tiene ningún otro sitio adonde ir, y aunque desde hace unos meses es libre de dirigirse adonde quiera, sabe que no llegará a ninguna parte, porque, vaya adonde vaya, fuera o dentro de la cárcel, solo busca un lugar donde seguir cumpliendo condena por el homicidio de su hija.

(Próxima entrega, RED)

III

RED

La vista cansada tras cincuenta y ocho años de uso y la lluvia no le permiten conducir tan bien como antes; tampoco ayudan su enorme barriga ni la luz del amanecer, ni una noche entera de trabajo. Por eso el doctor Argel aparca muy despacio en el estacionamiento privado y totalmente vacío del Instituto Anatómico Forense, temeroso de llevarse por delante una de las columnas que sostienen el tejado de uralita que protege los coches del aguacero. Apaga las luces, saca la gorra del bolsillo del impermeable y, cuando abre la puerta del vehículo, lo reciben las cuatro pulgadas del cañón de un revólver Ruger GP 141.

Termina de salir tranquilamente del automóvil y lo rodea sin mirar al portador del arma hasta llegar a una zona donde no le alcancen las salpicaduras. Se sorprende de su propia calma... perder todas las batallas contra la impotencia sexual y doce horas diarias bregando con los muertos minarían en cualquiera el apego por la vida.

–No dé usted un paso más.

–Nunca le hable de usted a la persona a la que amenaza –aconseja el forense, volviéndose–, eso siempre compromete la credibilidad...

–Si intenta huir le meto dos tiros, a mí ya me da igual.

—A mí todavía no, así que usted dirá. —Se cruza de brazos ante el hombre de unos treinta y algo años, sin rasgos destacables, mojado, vestido con pantalón y cazadora azul marino.

—Soy el marido de Lici Cuarzo.

El médico asiente, se abotona el cuello del impermeable, tarda en hablar.

—Ese revólver pesa bastante; cargado, un kilo trescientos cincuenta gramos aproximadamente. —Cambia el cinismo por un tono más comprensivo—. No es necesario.

El otro baja inmediatamente el arma, como si llevara mucho tiempo deseando hacerlo. Poco después habla. No ansioso. Cansado.

—Se han negado a enseñarme el cuerpo de mi mujer. He tenido que reconocerla por la ropa y el anillo. Cuando les he dicho que iba a poner una reclamación me han dicho que usted había prohibido que yo lo viera. A través de un cristal le señalaron, dijeron que se marchaba por un asunto urgente... ¿quién coño se creen que son para...?

—¿... negarnos a enseñarle el cuerpo de su mujer? Efectivamente, fui yo quien lo desaconsejé. Y desde luego no voy a permitir que lo vea. —El joven está a punto de levantar el revólver pero no lo hace—. Aunque voy a explicarle lo que yo he visto, y hasta eso me gustaría poder ahorrarle.

Argel se sienta en el capó mojado e invita al otro a que haga lo mismo. Algunos coches empiezan a llegar; instintivamente guarda el arma bajo la cazadora.

—Soy vigilante jurado. Me llamo Juan Condado Bauxita.

—Muy bien, Juan. —Intenta encontrar otra manera de decir aquello, pero no la encuentra—: Su mujer ha sido asesinada de una de las formas más extrañas que he visto en toda mi vida, y puede imaginarse que, en una ciudad tan desquiciada como esta, me llegan de todos los colores. De una forma que hace imposible que el mejor técni-

co funerario del mundo recomponga el cadáver para que lo reconozcan los familiares.

–Pero ¿por qué...?

El forense toma aliento y sigue hablando para no darse tiempo a reconocer que la naturaleza de los últimos crímenes empieza a abrumarle.

–Escuche. A su mujer la han cortado por la mitad. Pero no horizontal, sino verticalmente. Han separado el cuerpo en sus dos hemisferios. La han cercenado a lo largo, perfectamente, y no me explico ni cómo lo han hecho, ni mucho menos por qué.

A media mañana, Set Santiago camina absorto, resguardándose del viento en el cuello de su gabardina gris y en los soportales de los antiguos juzgados, cuando un bastón blanco se interpone en su camino.

–He reconocido tu forma de andar.

De la sorpresa por el encuentro pasa a la sorpresa por sus propios sentimientos cuando aprisiona instintivamente en un abrazo largo al hombre barbado y ciego que también le golpea la espalda, sonriente pero preocupado, con el mismo aspecto deliberado de profesor universitario de siempre.

–¿Te pregunto cómo estás?

–Estoy bien, Antonio –responde Set, sin soltar del todo al otro–, de verdad. Pensaba llamarte cuando estuviera...

–Ya.

Primera pausa.

–He alquilado unas habitaciones en el ático del Edificio Constitución II. No es gran cosa... En serio que pensaba llamarte.

–Ya, ya.

Segunda pausa.

Tendría que decirle mucho. Antonio Esturia, el hermano de su exmujer, fue el único que estuvo a su lado duran-